

años, notablemente se disminuye, aun en aquellos que viven bajo la ley de la templanza más severa y usan de los alimentos más sanos.<sup>1</sup>

Y es que el cuerpo del hombre, como todo agente, obrando se gasta.

Contra este defecto Dios ministró al hombre un alimento especial: plantó en el Paraíso el árbol de la vida, cuyos frutos servían, no para restaurar el vigor debilitado, sino para prevenir é impedir ese debilitamiento.

"Adán y Eva, dice San Agustín, se sustentaban comiendo de otros manjares, para que los cuerpos animales no sintiesen molestia alguna con el hambre y la sed, y del árbol de la vida comían para que no les entrase la muerte de ningún modo, ó consumidos por la vejez, corriendo y pasando los espacios del tiempo, al fin muriesen."<sup>2</sup>

El árbol de la vida habría servido para hacer inmortal al hombre en el estado de inocencia.

Esa era la virtud que tenía y comunicaba su fruto.

Hermosa figura de la Divina Eucaristía.

<sup>1</sup> Urraburu: *Psychologia*, núm. 146.

<sup>2</sup> De civit. Dei XIII-20.

Cristo es el árbol de la vida.

Arbol que, como dice San Juan, produce doce frutos, dando cada mes uno, y cuyas hojas sanan á las gentes.

Cristo se da como alimento á sus escogidos en este valle que es el camino para la patria.

Cristo, ese árbol de la vida, da su fruto cada mes, es decir, continuamente, según Santo Tomás, para alimentar continuamente á los suyos: en el camino del destierro, por la participación de su cuerpo y de su sangre; y en la patria, por la contemplación perpetua de su incomprensible divinidad y de su humanidad adorable.<sup>1</sup>

Las hojas de ese árbol sirven de medicina, decía el profeta Ezequiel, y de manjar sus frutos.

Las hojas son los preceptos de Cristo, dice el Angel de las Escuelas, y si con el auxilio de la gracia se cumplen, las almas quedan justificadas.

El fruto es Cristo mismo, es su cuerpo adorable y su sangre redentora: ese fruto da la inmortalidad.

El lo ha dicho: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día."

<sup>1</sup> Santo Tomás: in Apocal. 22.



"Su carne nutre nuestra carne, dice San Justino,<sup>1</sup> y su cuerpo, agrega San Ireneo,<sup>2</sup> hace subsistir nuestro cuerpo."

"Cristo se mezcla, enseña San Cirilo,<sup>3</sup> por medio de su carne á los cuerpos de sus fieles, á fin de que, por la unión á lo que es inmortal, el hombre se haga participante de la incorrupción."

"Como se oculta un carbón, añade el mismo santo en otro lugar,<sup>4</sup> bajo la paja para conservar allí una semilla de fuego, Jesucristo Nuestro Señor oculta en nosotros la vida por su propia carne, y deja en la nuestra como una semilla de inmortalidad, arrojando de ella toda corrupción."

El fruto que produce el árbol de la vida en la Iglesia Católica, repara, conforta, perfecciona, deleita é inmortaliza.

"Yo conozco un jardín, dice el Padre Monsabré,<sup>5</sup> —la Iglesia de Jesucristo— y en este jardín una santa montaña —el altar— en donde el cristiano puede ir á recoger el remedio de la inmortalidad, el contraveneno de la muerte, la semilla de vida, la planta incorruptible que brotó del

<sup>1</sup> Aol. ad. Aut. Prim.

<sup>2</sup> Lib. 5. Cont. haerese. cap. 2º.

<sup>3</sup> Catech. cap. 37.

<sup>4</sup> In Juan, cap. 15.

<sup>5</sup> Conferen. 71.

seno de una virgen, la carne sagrada del Salvador. Bello es este árbol de la vida.

Sentémonos á su sombra: gustemos de su fruto, siempre antiguo y siempre nuevo, que guarda, para hacernos inmortales, el amante de nuestras almas.

Treinta días después de que los hijos de Israel salieron de Egipto, que había sido para ellos lugar de cautiverio durante muchos años, llegaron al desierto de Sim, agotadas las provisiones que consigo llevaban, consumidas las muy escasas que pudieron encontrar en el camino y sintiendo hambre, como era natural, y hambre que no podía remediarse en aquel árido y pavoroso desierto.

No obstante que habían presenciado los estupendos prodigios que, para redimirlos de su esclavitud, obrara el Señor por ministerio de Moisés, al sentir el hambre apremiadora, murmuraron contra sus libertadores, Moisés y Aarón, é ingratos decían: "Ojalá hubiéramos muerto á manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne y comíamos pan, cuanto queríamos."

Dijo entonces el Señor á Moisés: "He oído las



murmuraciones de los hijos de Israel, díles: "Esta tarde comeréis carne y á la mañana os saciaréis de pan, que lloverá del cielo."

Llegada la tarde, vinieron tantas codornices que cubrieron todo el campamento, y por la mañana se halló esparcido también un rocío al rededor de él; el cual habiendo cubierto la superficie de la tierra, quedó en el desierto sobre el suelo una cosa menuda como machacada en almirez, semejante á la escarcha.

Visto por los hijos de Israel se dijeron unos á otros: ¿*Manhú?* que significa: ¿Qué es esto?

"Este es el pan, dijo Moisés, que el Señor os ha dado para comer: recoja de ello cada uno cuanto baste para su sustento."

Así lo hicieron los Israelistas y recogieron, quien más, quien menos; pero ni quien más había recogido, por eso hubo más, ni quien menos recogió tuvo menos, sino que cada cual reunió tasadamente aquella porción que podía comer.

Advirtiósles, además, Moisés, que nada reservaran para el día siguiente.

Algunos no le obedecieron, sino que guardaron para otro día, y empezó, lo que guardaron, á hervir en gusanos.

Recogía cada uno de madrugada cuanto le podía bastar para su mantenimiento; y en calentando el sol, se derretía el maná del campo.

¡Maravilla singular! lo que en el campo quedaba se deshacía al suave influjo de un tibio rayo de sol, y lo que llevaban á sus tiendas los hijos de Israel, no sólo resistía á la fuerza del astro del día, sino que lo cocían al fuego y lo preparaban á su gusto.

El día sexto de la semana se hacía provisión de doble medida, á fin de reservar una para el sábado, en que el maná no llovía del cielo, por ser el día consagrado al Señor.

Nuevo prodigio: la porción reservada para el sábado no se alteraba.

La familia de Israel llamó á este manjar: "maná:" era blanco, del tamaño de una simiente del cilantro,<sup>1</sup> y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel.

Contenía en sí todo deleite, y acomodándose al gusto de cada uno, se trasmutaba en lo que cada cual quería.

Así es que Dios no había dado á su pueblo un

<sup>1</sup> Una planta del tamaño del perejil, con raíces delgadas, hojas redondeadas y semillas globulosas.



alimento común y grosero, sino suavísimo y delicioso.

Comieron los israelitas de este pan por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron á la tierra poblada en que habían de habitar.

Para conservar el recuerdo de esta maravilla, ordenó Moisés, de parte de Dios, á su hermano Aaron, que llenase un saco de maná y lo colocara ante el Eterno, en el Tabernáculo.

Por un nuevo y especial portento, el maná que se alteraba de un día para otro y que al contacto de los rayos del sol se fundía en el campo, se conserva, sin corrupción, en la urna del Tabernáculo durante muchos siglos.

Hermosísima, espléndida figura del pan con que Jesucristo alimenta á sus hijos en la Iglesia Católica, mientras llegan al cielo, que es su patria.

El maná bajaba del cielo á la madrugada; el pan con que Cristo alimenta á sus hijos, baja por las mañanas del cielo á la tierra, no en un lugar y para un pueblo, sino en todos lugares y para todos los pueblos.

Blanco como la escarcha era el maná; blancas como la nieve son las especies que velan á nues-

tros ojos el cuerpo adorable de nuestro amantísimo Redentor.

A miel sabía el manjar que alimentaba en el desierto á los Israelitas; dulcísimo es el pan de los ángeles que alimenta á los cristianos en los desiertos del mundo.

Encontraron el maná los Israelitas cuando salieron de su cautiverio, dejando las calderas egipcias llenas de carne; hallan manjar más delicioso los hijos de la Cruz, cuando abandonan las delicias del mundo y dejan atrás, sin volver la cara, las seducciones y el halago casi irresistible de los placeres sensuales.

Fué concedido á los judíos el maná, después que atravesaron el Mar Rojo; á los hijos de la Iglesia se les recrea con la carne inmaculada de Jesucristo, después que han pasado por las aguas del bautismo, mar inmenso de misericordia, enrojecido con la sangre redentora del Hijo de Dios.

El maná dió vigor y fuerza á los Hebreos para pelear y vencer á los Amalecitas; el pan eucarístico da vigor y fuerza á los fieles para luchar contra las adversidades de la vida y vencer las tentaciones y los obstáculos que á cada paso se les presentan, para impedirles su entrada á la gloria.



El maná era un pan que no provenía de alguna semilla ni brotaba de una tierra sobre la cual hubiera héchose sentir la impresión del arado, sino que se preparaba por los ángeles; el cuerpo de Cristo nació del inmaculado seno de María, en donde se formó sin intervención humana, mediante la operación divina del Espíritu del Señor.

El maná proporcionaba á los Hebreos toda delicia y encerraba en sí toda clase de sabores, el cuerpo de Cristo es leche para los recién nacidos, suave alimento para los niños, manjar sólido para los hombres perfectos.

El maná era pequeño; Cristo está contenido en hostia, reducido.

El maná era triturado en un almirez; el cuerpo de Cristo fué despedazado en la cruz.

Los Israelitas, recogieran más, recogieran menos, cada cual tenía la sustancia toda, la virtud entera de aquel admirable alimento; los fieles en la Iglesia Católica, sea la especie más grande, sea más pequeña, reciben igualmente á Cristo entero en su humanidad adorable, en su divinidad incomprendible.

El maná se recogía en el desierto en los seis días de cada semana, porque en el séptimo no

aparecía aquel manjar en el campo; en el Sábado de la eternidad cesará el velo del sacramento, sólo se encuentra en la Iglesia en los días de nuestra peregrinación en el mundo.

El maná se fundía calentando el sol; deshechas las especies por el calor, el Sacramento desaparece.

El maná, finalmente, se agusanaba y perdía para los infieles avaros que codiciosos le cogían sin guardar la moderación prevenida por Dios, y el Sacramento es manjar de muerte para los que le reciben sin la preparación debida.

La figura no puede ser más exacta.

Pero como la cosa figurada es más noble que la figura, como el cuerpo es más noble que su sombra y el hombre más que su imagen, el maná Eucarístico excede en grandeza al maná del desierto, que era su imagen.

El maná era un alimento que dejaba á los judíos esclavos de la muerte del cuerpo y del alma.

La carne de Cristo es un pan vivo, principio de vida eterna para las almas, prenda de inmortalidad para los cuerpos, fuente inagotable de paz y de alegría, de fuerza y de aliento para los verdaderos fieles, manjar deliciosísimo para los que saben como se debe comer, que desprecian las ha-



lagüeñas y engañosas delicias de las carnes y de los frutos de Egipto, que caminan sin perder jamás á Dios de vista, dóciles á su voz, sometidos á las órdenes de su providencia, llenos de reconocimiento por sus dones, sufridos en las más terribles pruebas y en las más crueles adversidades.

Este maná es el que sostiene al pueblo cristiano en los áridos y escabrosos desiertos del mundo, el que abrasa el celo del apóstol, ilumina la inteligencia del doctor, inspira la sed del martirio, santifica el corazón de la virgen.

Este maná es el que mantiene á los hijos de Dios en el desierto de la vida hasta que hayan pasado las fronteras del cielo, hasta que ellos contemplen y posean eternamente y al descubierta lo que ahora contemplan y poseen bajo el velo del Sacramento.

Es bella la figura: la realidad es dulce y arrobadora.

Dadnos Señor, siempre este pan.

Dadnos corazón de hijos para que comamos dignamente y con fruto el pan de los ángeles.

---

Perseguido Elías por Jezabel y atemorizado en

gran manera, se fué huyendo por donde le llevaba su imaginación.

Al llegar á Bersabee, de Judá, dejó allí á su grito y prosiguió su camino una jornada por el desierto.

Cansado y afligido tendióse en el suelo y se durmió á la sombra de un enebro.

El ángel del Señor le tocó, y le dijo: "Levántate y come."

Miró atrás y vió á su cabecera un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua: comió, pues, y bebió y se volvió á dormir.

Mas el ángel del Señor volvió segunda vez á tocarle y le dijo: "Levántate y come porque te queda que andar un largo camino."

Levantándose Elías, comió y bebió, y confortado con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, monte de Dios.

En este pan cocido al rescoldo, aparece una hermosa figura, una bellísima imagen del pan Eucarístico.

Elías perseguido y fatigado descansa en el desierto á la sombra de un árbol; los hijos de Dios perseguidos por la impiedad, casi agotados mu-



chas veces por las pasiones que los debilitan, sólo pueden descansar tranquilos en el desierto del mundo á la sombra de la Iglesia Católica, árbol prodigioso que extiende sus ramas sobre toda la tierra para amparar y fortalecer á los que buscan su abrigo.

Un ángel del Señor despertó á Elías dormido á la sombra de un enebro y mostrándole un pan cocido al rescoldo, le dijo: "Levántate y come," el Angel del testamento dijo á sus apóstoles á la sombra del cenáculo, mostrándoles el pan que tenía en sus manos: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo."

Elías comió de aquel pan, y confortado con aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches por el desierto hasta llegar al monte del Señor; los afortunados hijos de la Iglesia comen también un pan que los conforta durante su peregrinación sobre la tierra, que es una cuaresma, porque es un tiempo de ayuno y de penitencia, hasta llegar á la gloria, donde contemplarán como Elías al Señor Dios de Israel en todo el esplendor de su belleza, en toda la majestad de su esencia divina.

La figura queda atrás de la realidad.  
El pan Eucarístico conforta á los cristianos

para que lleguen, no al monte Horeb, sino al cielo, mansión de inefable paz, de inacabable dicha.

Vivamos siempre cerca del tabernáculo: perseguidos y fatigados, descansenos á la sombra del altar en que mora el Dios de la Eucaristía: allí los ángeles nos mostrarán bajo cándidos accidentes un pan cocido, no al rescoldo, sino al calor del corazón de Jesucristo; comeremos ese pan inmaculado y portentoso y alimentados con ese manjar divino, hemos de llegar sin hambre y sin vacilaciones á la mansión de los escogidos.

---

#### SIGNOS DE LA CUARTA CLASE.

Gemían los Israelitas bajo la dura mano de los Egipcios.

El Señor por medio de Moisés había obrado estupendos prodigios para mostrar la protección á su pueblo, ablandar el corazón de Faraón y obtener la libertad de los cautivos.

Faraon tenía endurecida el alma. Moisés anun-



cia un nuevo castigo: la muerte de los primogénitos en la tierra de Egipto.

El Señor, antes de realizar esta amenaza, dijo á su pueblo: "El día diez de este mes tome cada cual un cordero por cada familia y por cada casa.

El cordero ha de ser sin defecto y primal, ó sea de un año.

Lo reservaréis hasta el día catorce de este mes, en el cual por la tarde le inmolará toda la multitud de los hijos de Israel.

Y tomaréis de su sangre y rociaréis con ella los dos postes y el dintel de las casas en que le comerán.

Las carnes las comeréis aquella noche asadas al fuego y panes ázimos ó sin levadura, con lechugas silvestres.

Nada de él comeréis crudo ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego: comeréis también la cabeza con sus piés é intestinos.

No quedará nada de él para la mañana siguiente: si sobrare alguna cosa la quemaréis al fuego.

Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos, y puesto el calzado en los piés y un báculo en la mano, y comeréis apriesa por ser la Fase, esto es, el Paso del Señor.

Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré de muerte á todo primogénito en dicha tierra, sin perdonar ni á hombre ni á bestia.

La sangre os servirá como señal en las casas donde estuvieréis; pues yo veré la sangre y pasaré de largo sin que os toque la plaga exterminadora cuando yo heriré en ella la tierra de Egipto."

Así lo hicieron los Israelitas.

A la media noche del día señalado, el Señor hirió de muerte á todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón hasta el primogénito de la esclava que estaba en cadena, y á todo primer nacido de las bestias.

Fueron grandes los alaridos en Egipto, porque no había casa en donde no hubiese algún muerto.

Faraón entonces dijo á Moisés y á Aarón: "Marchad y retiraos prontamente de mi pueblo."

Al mismo tiempo los egipcios estrechaban al pueblo para que saliesen prontamente del país, diciendo: "Si no marchais, pereceremos todos."

Partieron, en fin, los hijos de Israel de Egipto, en número de unos seiscientos mil hombres de á pie, sin contar los niños.

Quedó así consumada la libertad del pueblo de Israel, y en memoria de este acontecimiento, cele-



braban los Israelitas cada año una fiesta llamada "Pascua."

En ella se inmolaba un cordero, y lo comían con el mismo rito con que lo comieron en la noche de su libertad.

Este cordero que se inmoló en la casa de los Israelitas el día en que salieron de la servidumbre de Faraón, y que se inmolaba después en la fiesta de Pascua es, en sentir de Santo Tomás, la figura más propia y más excelente de la divina Eucaristía.

El cordero la prefiguraba en cuanto á las especies, en cuanto á lo que se contenía bajo esas especies y en cuanto á los efectos del sacramento.

En cuanto á lo primero, dice el Ángel de las Escuelas, porque se comía con panes sin levadura; en cuanto á lo segundo, porque se inmolaba por la multitud de los hijos de Israel, inmolación que representaba la pasión de Jesucristo á quien por la inocencia se le llama Cordero; y en cuanto á lo tercero, ó sea en cuanto á los efectos del sacramento, porque, por la sangre, quedaron libertados los hijos de Israel del ángel exterminador y de la servidumbre de Egipto, como lo quedó la humanidad de la muerte eterna y de la esclavitud del

ángel de las tinieblas, por la sangre del cordero sin mancha inmolado en la cruz.

La semejanza entre la figura y la realidad es perfecta.

El cordero pascual se inmolaba por la tarde, y Jesucristo, cordero sin mancha por largo tiempo esperado, al fin, en la tarde de los siglos fué sacrificado en la cruz, espirando en el día de su sacrificio á las tres de la tarde.

Todos los Israelitas inmolaban al cordero; todos los judíos pidieron á Pilatos la crucifixión de Cristo, Redentor del hombre.

Era un cordero lo que inmolaban los Israelitas; cordero era Jesucristo por la pureza, por la mansedumbre y por la paciencia.

Los Israelitas inmolaban y comían el cordero; en la Iglesia católica se inmolaba un cordero más puro y se come en la Eucaristía. Por eso San Andrés respondió al Procónsul de Acaya, que le amenazaba con el suplicio de la cruz si no hacía un sacrificio á los ídolos, diciendo: "Yo ofrezco en sacrificio todos los días al Dios Omnipotente, que es único y verdadero, no el humo del incienso ni las carnes de los animales, sino al Cordero sin mancha, cuyas carnes come el pueblo cre-



yente, quedando, sin embargo, el cordero íntegro y vivo."

El cordero se comía en la noche; á Cristo en la Eucaristía no lo vemos, sino que creyendo lo reconocemos en la oscuridad de la fe.

Con la sangre del cordero rociaban los Israelitas los dos postes y el dintel de sus casas; la memoria de la pasión de Jesucristo se impone en el corazón por la fe y en la boca por la profesión que de ella se hace.

La sangre que aparecía en los postes de las casas libró á los Israelitas del esterminio; la sangre de Cristo, sus méritos infinitos libran al hombre de la eterna muerte.

Sólo los Israelitas comían el cordero; sólo los cristianos reciben el cuerpo de Cristo.

El cordero se comía con panes sin levadura y lechugas silvestres; la Eucaristía debe recibirse con pureza de alma y dolor de los pecados.

Se comía del cordero la cabeza, los piés y los intestinos; en la Eucaristía se recibe la divinidad de Jesucristo, su humanidad adorable y se participa de los más secretos misterios de su amor y de su ternura.

El cordero se comía en muchas casas; en mu-

chas iglesias es inmolado Cristo y lo reciben sus hijos.

No era lícito llevar fuera de la casa restos del cordero inmolado; no es lícito dar la Eucaristía á los infieles, á los cismáticos y á los demás que están fuera de la Iglesia.

Comían el cordero ceñidos los lomos; el que recibe á Cristo en la Eucaristía, debe restringir sus liviandades y los deleites de la carne.

Los Israelitas comían el cordero teniendo su báculo en la mano, porque estaban de viaje y en camino para la tierra prometida; la Eucaristía es también alimento de los viajeros del cielo, es viático de los que mueren en el Señor.

El cordero se comía apriesa; en la Eucaristía no debe buscarse tanto el deleite, cuanto el nutrimiento y las fuerzas para soportar los trabajos en las vías de Dios y para llegar con apresuramiento á la patria celeste.

Los primogénitos de los egipcios que no gustaron del cordero, murieron; los que desprecian la Eucaristía perecerán sin remedio.

Cristo ha dicho: si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros.



Si fué bella y significativa la figura, la realidad la supera en grandeza y en hermosura.

Cristo, dulce y manso Cordero, fué inmolado en la cruz: su inmolación se repite cada día en las aras de los templos católicos; su carne inmaculada, oculta bajo la especie de un pan sin levadura, alimenta nuestras almas; su sangre divina, escondida bajo el fruto de la vid, nos redime y nos limpia; su gracia, que es una participación de su naturaleza, nos da fuerzas para emprender, entre las espinas del mundo, nuestra jornada á los cielos.

## ERRORES SOBRE LA EUCARISTIA.

### I

El Divino Redentor, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaun, decía:

Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo.

Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida ó salvación del mundo.

Comenzaron entonces los judíos, dice San Juan,<sup>1</sup> á altercar unos con otros, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?"

<sup>1</sup> Cap. 6, ver. 53.